



La

# SEÑORITA SCUDERI

EDITORIAL  
TOR



00163278

Horita

# LA SEÑORITA SCUDERI



Adaptación de un  
cuento de  
Hoffmann



EDITORIAL TOR - S. R. L.

Río de Janeiro 760

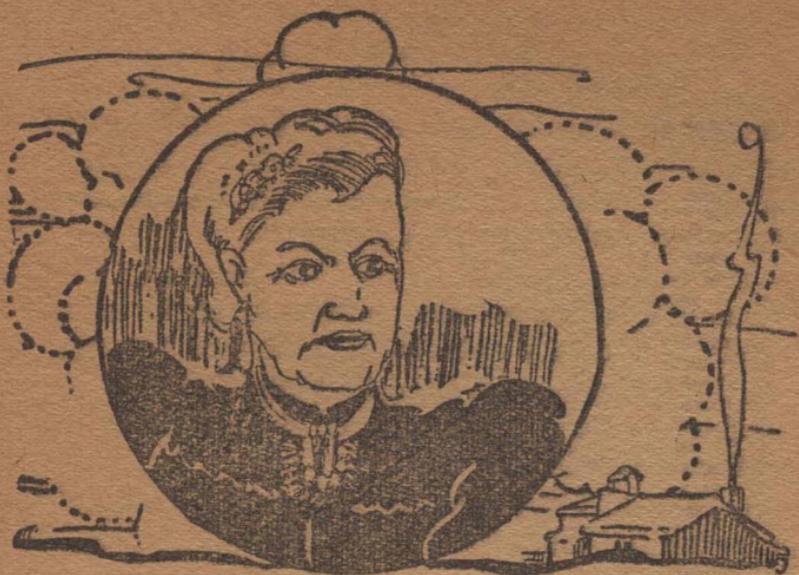
BUENOS AIRES

# LA ABEJA

## LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- 1 Pinocho en el teatro de títeres
- 2 Blancanieves y los 7 enanitos
- 3 Los príncipes encantados
- 4 La Bella durmiente del bosque
- 5 Juanfuerte
- 6 Piel de asno
- 7 La princesa y el erizo
- 8 AM Babá y los 40 ladrones
- 9 La inocente mensajera
- 10 Pinocho en escape de ingresos
- 11 El pájaro verde
- 12 Pulgarcito
- 13 Los maestros cantores
- 14 El rey del río de Oro
- 15 Caperucita Roja
- 16 Las tres princesas
- 17 El triunfo del sorco
- 18 Pinocho en la isla de las abejas
- 19 La princesa picarona
- 20 Simbad el marino
- 21 Canción de Navidad
- 22 Un viaje maravilloso
- 23 El niño que se volvió hormiga
- 24 El enano Zacarías
- 25 Pinocho en gruta del monstruo
- 26 El legado del more
- 27 El gato con botas
- 28 El hada de Granville
- 29 De los Apeninos a los Andes
- 30 Melique
- 31 El rey Cuervo
- 32 Almendrita
- 33 Pinocho en el país de juguetes
- 34 El niño perdido
- 35 Robin Hood
- 36 La isla encantada
- 37 Pif Paf
- 38 La carga liviana
- 39 La alfombra mágica
- 40 El pájaro que reía
- 41 La Cenicienta
- 42 Aventuras del rey Beder
- 43 El muchacho y la fortuna, Fábula de Samaniego
- 44 Pinocho en el fondo del mar
- 45 Gulliver en el país de enanos
- 46 La bella Dorígen
- 47 Las salamandras amigas
- 48 Los zuecos maravillosos
- 49 Las tres hermanas
- 50 Fábulas de Iriarte
- 51 El niño raptado
- 52 Barba Azul
- 53 Tanino el horniguero
- 54 Gulliver en el país de gigantes
- 55 El tejedor de Segovia
- 56 El príncipe Cododas
- 57 La amiguita de los pájaros
- 58 La señorita Scuderl
- 59 Fábulas de Esopo
- 60 Constancia
- 61 Nicolás y Nicolasa
- 62 Los rosales de la reina
- 63 El enfermero del Chacho
- 64 Grisélidis
- 65 Alicia en el país de maravillas
- 66 Aladino
- 67 Cenoveva de Brabante
- 68 La Sirenita
- 69 Peter Pan
- 70 El patito feo
- 71 Hombre que vendió su nombre
- 72 Los tres pelos del diablo
- 73 Hansel y Gretel
- 74 La flor del pantano
- 75 El buque fantasma
- 76 La cámara del tesoro
- 77 La desobediencia
- 78 El tarro de aceitunas
- 79 El mensajero de la corona
- 80 La camisa del hombre feo
- 81 La verdad sospechosa
- 82 La graciosa Emelia
- 83 El muchacho afortunado
- 84 La novia elegida
- 85 Las dos estatuas
- 86 La botella encantada
- 87 El mercader de Venecia
- 88 La obligación
- 89 El favorito ingenuo
- 90 Los dos ruiseñores
- 91 El ladrón de Bagdad
- 92 El tambor del regimiento
- 93 El pájaro de oro
- 94 El barbero silencioso
- 95 Las tres perlas
- 96 Gulliver en países maravillosos
- 97 El príncipe impostor
- 98 El rey en busca de novia
- 99 El soldadito de plomo
- 100 El mercader y la favorita

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



## LA SEÑORITA SCUDERI

*El desconocido*

La señorita Scuderi era una buena anciana de 73 años de edad, muy conocida por sus escritos y por el apoyo que le dispensaba el rey Luis XIV de Francia.

Vivía humilde pero dignamente en su casa de la calle San Honorato, en compañía de Bautista, cocinero y portero a la vez, y de Martina, su doncella de confianza.

Corría el año 1860. Era la medianoche cuando resonaron violentos golpes en la puerta de la casa de la señorita Scuderi. ¿Quién podría ser el autor

de llamado tan intempestivo? Bautista estaba ausente. Martina, despertó sobresaltada al oír tales golpes, y sintió mucho miedo; no se animaba a atender el llamado, pero como los golpes se sintieron con más fuerza, resolvió por fin encender una vela y averiguar lo que sucedía. Al acercarse oyó una trémula voz que exclamaba:

—¡En nombre de Cristo, abrid la puerta!

Tranquilizada con tales palabras, abrió la mirilla de la puerta y entrevió una elevada figura.

—Abrid la puerta. No temáis nada — dijo el desconocido —. Es preciso que en el acto hable con la señorita Scuderi.

Martina, al oír el acento implorante de aquella voz, retornó a buscar las llaves, y abrió la puerta.

Con paso resuelto penetró el desconocido. La muchacha, a la luz de la bujía, observó sus pálidas facciones, su arrogancia juvenil, y entre los pliegues de su capa la empuñadura de un fino puñal.

El joven exclamó:

—Conducidme a presencia de vuestra ama — y dirigió una imperativa mirada a la doncella.

—¡Socorro! ¡Socorro! — atinó a gritar la infeliz.

—¡Por favor, no gritéis! ¡Queréis mi muerte?

Y diciendo esto, el joven dejó en manos de la atemorizada doncella un artístico cofrecillo, y sin decir más, volvióse precipitadamente hacia la puerta y se perdió en la noche.

Martina, repuesta un tanto, cerró la puerta y corrió a su habitación, donde se dejó caer en una silla.



*El señor Larein y su astuto agente Desgré...*

La puerta de la pieza se abrió lentamente y apareció la cara del honrado Bautista.

—¡En nombre del cielo! ¿Qué sucede, Martina? —interrogó el recién llegado, descompuesto el semblante. Me encontró la ronda y el jefe me aconsejó que entrara cuanto antes, porque esta noche las calles no estaban seguras. Al acercarme, vi huir de esta casa a un hombre embozado con un puñal en la mano. ¿Qué ha pasado?

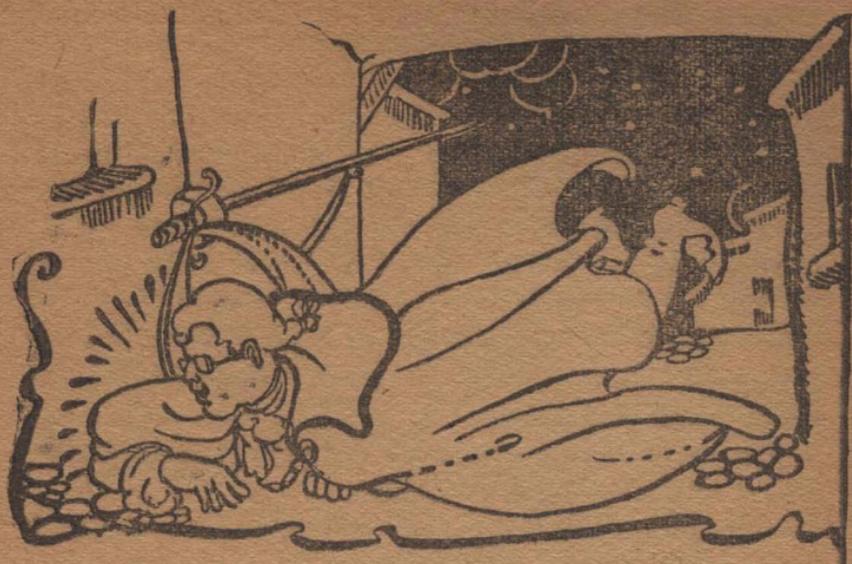
La muchacha refirióle todo lo ocurrido.

—¡Oh! —exclamó luego el fiel criado—. ¿No tendrá escondida la muerte para nuestra bondadosa señora este extraño cofrecillo?

Después de no pocas deliberaciones, decidieron, por fin, ir a acostarse y referírsele todo al otro día a la señorita Scuderi.

### *Robos misteriosos*

En aquella época, París era azotado por una racha de crímenes espantosos. Glazer, el mejor químico de su tiempo, dedicaba su ciencia en descubrir la piedra filosofal, en sociedad con el farmacéutico Exili, para quien el arte de fabricar oro era sólo un pretexto, porque lo que realmente buscaba era combinar las substancias venenosas de que Glazer se servía a fin de hallar un veneno sin gusto ni olor. Pero el logro de este deseo le valió la cárcel, y Exili fué encerrado en la Bastilla. Cuando estuvo en libertad, trabó relación con la pérfida señora Brimbilliers, y ambos vendían secretamente terribles venenos a las personas malvadas que deseaban desprenderse de algún parien-



*Tuve la desgracia de caer de bruces...*

te rico, de algún enemigo o de cualquier ser odiado. Nadie tenía segura la vida en esa época, y fué tal el terror y la cantidad de víctimas, que el rey creó un tribunal especial llamado Cámara Ardiente, presidido por el señor Larein, honrado y recto ciudadano.

Pero a esta calamidad vino a agregarse otra. Al parecer, una banda misteriosa de ladrones se ocupaba en robar joyas. La mejor, la más valiosa alhaja desaparecía del lugar más seguro.

El señor Larein y su astuto agente Desgré, en vano dedicaban todos sus afanes en descubrir a los autores de estos insólitos robos y asaltos. Y lo que más llamaba la atención era que la joya robada no volvía a aparecer por ninguna parte, pues nunca era vendida.

Estando Larein una mañana en su despacho, entró Desgré pálido y lleno de cólera.

—Señor presidente —le dijo—. Anoche he presenciado algo realmente extraordinario. Iba yo siguiendo cautelosamente al marqués de Lafare, cuando de pronto surgió entre las sombras un individuo que se arrojó sobre él. Corrí para apoderarme del asaltante, pero tuve la desgracia de enredarme en los pliegues de la capa y caer de bruces, circunstancia que el desconocido aprovechó para darse a la fuga.

—¿Lo pudisteis apresar? —interrogó el presidente de la Cámara Ardiente.

—Desgraciadamente no, monseñor —contestó irritado Desgré—. Todos veíamos al asaltante correr ante nosotros, pero cuando ya creíamos haberlo prendido, el hombre dió un tremendo salto a través de un alto muro y desapareció.

—¿Estáis en vuestro juicio, Desgré? —inquirió el presidente.

—Es la pura verdad lo que acabáis de oír, monseñor —replicó aquél—. Encendimos antorchas, pero no pudimos descubrir ni puertas ni ventanas, ni escondrijo alguno donde se hubiera podido ocultar el malvado. El muro es de piedra y rodea a una mansión habitada por personas de las cuales es imposible sospechar.

De más está decir que lo acaecido a Desgré fué conocido inmediatamente por la ciudad entera, y el vulgo empezó a forjar fantásticas suposiciones.

Una comisión de vecinos se apersonó al rey, y le pidió que facultase al presidente de la Cámara Ardiente, señor Larein, para emplear otros méto-



*Renato Cardillac era el más hábil orfebre.*

dos más eficaces y aun de terror, pero el rey no accedió al pedido.

Entonces los peticionantes recurrieron a otro medio.

El rey y sus ministros acostumbraban algunas tardes concurrir a los salones de madama Maintenón, oportunidad que se aprovechó para presentar al rey una poesía en que los cortesanos se quejaban de no poder salir por las noches.

El monarca escuchó atentamente la poesía, pero guardó silencio. Tras una pausa, volvióse hacia madama Maintenón y le preguntó:

—¿Cuál es vuestra opinión, señora?

—Creo, majestad, que los caballeros que se atreven a andar por las calles a altas horas de la noche no merecen ninguna protección, pero los crímenes claman pronta y terrible venganza.

No pareció quedar muy satisfecho el rey con esta respuesta, y alzando la vista descubrió entre la concurrencia a la señorita Scuderi, a quien dijo:

—Ilustre señorita: ¿qué opináis de esta petición?

—Opino, majestad —contestó la anciana— que los caballeros que temen a ladrones o a quien sea, no son dignos de ser caballeros.

—¿Hermosa respuesta, señorita! —exclamó el monarca—. Es imposible proteger a la cobardía y dictar medidas crueles. Lo mejor es que cada uno cumpla debidamente con su deber.

### *Las joyas de Cardillac*

A la mañana siguiente de lo sucedido la víspera en casa de la señorita Scuderi, escuchaba ésta a Martina y Bautista. Referían con porme-



*Intervino entonces madame Maintenón...*

nores la insólita llegada del joven embozado, y la entrega del cofrecillo.

Luego Martina, al entregar el cofrecillo a su ama, le recomendó que tomara las mayores precauciones para abrirlo.

—¡Oh! ¿Quién puede desear la muerte de una pobre anciana como yo? —exclamó la señorita Scuderi—, y abriendo confiadamente la caja descubrió en ella dos brazaletes cubiertos de piedras preciosas y un collar de maravillosa belleza.

Al tomarlos, vió en el fondo del cofrecillo un pequeño papel escrito. Lo recogió con temblorosa mano y lo leyó. Apenas hubo terminado la lectura, exclamó con dolor:

—¡Qué crueldad, Dios mío! ¿Por qué las palabras que dije esa tarde al rey en casa de madama Maintenón interpretaron de tal manera?

Echóse la anciana en un sofá, y lloró amargamente; y mientras Martina trataba de consolarla, Bautista pudo leer el billete que decía:

“Los caballeros que temen a ladrones o a quien sea, no son dignos de ser caballeros”. Vuestra inteligencia nos ha librado de inútiles persecuciones. Os agradecemos sinceramente. Os enviamos estas joyas en prueba de nuestra gratitud.

*“Los invisibles”*

La señorita Scuderi entró en sus aposentos a vestirse, y ordenó que preparasen la silla de manos para ir en seguida a casa de madama Main-tenón.

Esta la recibió amablemente, y una vez oída la confidencia, dijo al ver las joyas:

—Este collar y estos brazaletes han sido hechos, con seguridad, por Renato Cardillac.

Renato Cardillac era el más hábil orfebre de París en aquel tiempo. Hombre de rarísimo temperamento, de corta talla pero de atlética musculatura, sus cabellos rubios y semblante lozano, dábanle aire juvenil, a pesar de sus cincuenta años. Conocido en el París elegante por sus obras de maravillosa perfección, gozaba de general estima por su carácter franco y bondadoso.

Dedicábase activamente a su labor, y si al fin de ella no le agradaba el resultado, fundía nuevamente los metales y comenzaba otra vez con mayor ahinco su tarea.

Peró Cardillac poseía un rarísimo temperamento que lo tornaba incomprensible. Y era que una



*Tranquilizó la señorita Scuderi a su doncella*

vez terminado su trabajo resultaba poco menos que imposible lograr que lo entregase. Con los más extraños pretextos se excusaba ante sus clientes, algunos de los cuales llegaban a ofrecerle el doble del precio estipulado. Pero Cardillac no cedía. No había medios de vencerle. Y si por último el cliente conseguía llevar la joya encomendada, Cardillac se ponía furioso, y lanzaba insultos y maldiciones.

Hubo veces en que al ver venir a un cliente salía a su encuentro, y le rogaba lloroso y compungido que le dispensara de la entrega del trabajo pretextando que le sería imposible terminarlo a su gusto. Cierta vez imploró al mismo rey que lo librara de efectuar sus encargos, aduciendo que no podría cumplir debidamente con la regia voluntad.

Tras larga pausa, dijo madama Maintenón a la señorita Scuderi:

—Haré llamar a Renato de Cardillac.

No tardó en aparecer el artista. Se inclinó ceremoniosamente ante las dos damas, reprimiendo un gesto de sorpresa al descubrir a la señorita Scuderi.

Preguntóle madama Maintenón si esas joyas eran obra suya, y el artista contestó afirmativamente.

—Os ruego maese — prosiguió la señora —, que me digáis para quién hicisteis tan hermosas joyas.

—Sin duda os parecerá raro — repuso el artífice —, pero esas joyas las hice para mí mismo, y al poco tiempo de terminarlas desaparecieron misteriosamente de mi casa.

—¡Bendito sea Dios! — intervino la señorita



*Un horrible crimen, señorita*

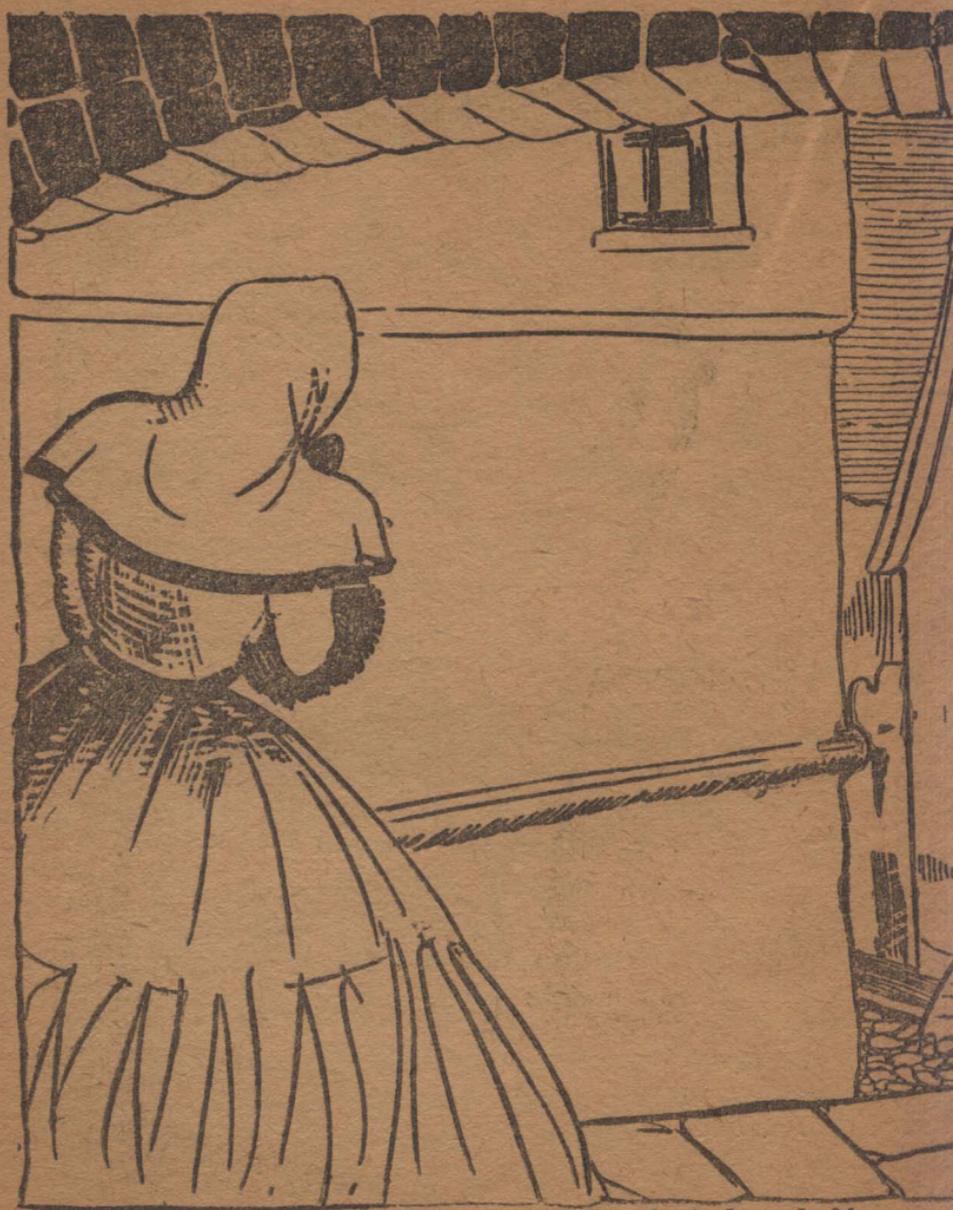
Scuderi—. Ahora mismo podéis recobrar lo que os han robado.

Y al tiempo que alcanzaba las joyas a Cardillac, le refirió del extraño modo que llegaron a su poder.

El hombre la escuchó atentamente, y arrodillándose ante ella le pidió:

—Os ruego, noble y digna señorita, que aceptéis estas joyas. Ahora recuerdo que cuando trabajaba en ellas pensaba en vuestro bondadoso corazón. No os podéis negar a aceptar estos brazaletes.

—Señor Cardillac, creo que no estáis en vuestro sano juicio. ¿Cómo podéis figuraros que a mi edad pueda lucir tan maravillosas joyas que por otra parte, no estarían de acuerdo con mi pobreza?



*La señorita Scuderi descubrió una e*



*Una multitud en la calle San Nicasio*

—Os ruego por piedad, noble señorita, que no rechacéis este presente que el destino ha querido que llegue a vuestras manos.

Intervino entonces madama Maintenón, y obligó amablemente a la señorita Scuderi a que aceptase las joyas.

### *Funesto destino*

Pasaron muchos meses después de los sucesos que acabamos de narrar. Una tarde, paseándose la señorita Scuderi con su doncella por el Puente Nuevo en la carroza de cristales de su amiga la marquesa de Montausier, divisó entre la multitud a un hombre joven que se abría paso a la fuerza intentando acercarse a la carroza.

El joven arrojó un billete al interior del coche, y desapareció entre la multitud.

La doncella Martina no pudo reprimir un grito de espanto, y se apoyó desvanecida en el hombro de su ama. Esta hizo aspirar a la muchacha su frasquito de sales, y cuando volvió en sí, exclamó entre sollozos:

—¡Dios nos asista! ¿Qué arrojó ese hombre por la portezuela? Es el mismo que me entregó el cofrecillo aquella noche de pesadilla.

Tranquilizó la señorita Scuderi a su doncella, asegurándole que no había hecho nada malo el desconocido, y que sólo había arrojado una carta, cuyo contenido se dispuso a leer. Decía así:

“Un fatal destino me arroja al abismo, y nadie más que vos, noble señorita, podéis evitar mi caída. Os imploro en nombre de lo que más queráis en esta vida, que el collar y los brazaletes que es-



*Oliverio Brusson rechazó el crimen...*

van en vuestro poder, los enviéis cuanto antes casa de Renato Cardillac. Podéis elegir el pretexto que os plazca: un cambio de piedra, una reparación o un agregado cualquiera. Si, por desgracia, pasado mañana Renato Cardillac no tiene en su poder las joyas, este infeliz que os escribe penetrará en vuestra casa y se dará muerte ante vos”.

La señorita Scuderi habló en voz alta:

—Si este hombre es un malhechor, es evidente que no intenta hacerme mal. Y ¿si acaso fuera una persona honrada? Suceda lo que suceda, haré lo que me indica en el billete.

Al otro día, el destino parecía haberse conjurado para desviar el deseo de la señorita Scuderi. Al tiempo de dirigirse con el cofrecillo a casa del orfebre, llegaron de visita varios amigos que la disuadieron de su intento, y tuvo que cumplimentarlos.

A la mañana siguiente, la señorita Scuderi tomó el cofrecillo con las joyas, y se dirigió a casa de Cardillac.

La señorita Scuderi descubrió una enorme multitud en la calle San Nicasio frente a la casa del orfebre. El gentío gritaba y se empeñaba en forzar la puerta.

Desgré, abriéndose paso entre la multitud, avanzó con sus hombres. Abrióse la puerta y apareció un joven aherrojado, que fué recibido con gritos insultantes del público.

Una hermosa joven, con la cabellera revuelta y las ropas en desorden, echada a los pies de Desgré, suplicaba con acento desgarrador:

—¡Oliverio es inocente! ¡Oliverio no tiene culpa!



*No soy yo el único culpable...*

La noble dama, impresionada profundamente por la escena que presenciaba, descendió de la carroza y dirigiéndose a Desgré preguntóle qué ocurría.

—Un horrible crimen, señorita —contestó respetuosamente el policía—. Esta mañana Renato Cardillac ha sido hallado muerto de una puñalada. El autor del crimen es su aprendiz Oliverio Brusson.

—¿Y esa hermosa joven que lloraba a sus pies? —inquirió la dama.

—Es Magdalena, hija de Cardillac.

La señorita Scuderi quedó vivamente conmovida por lo que acababa de oír, y, súbitamente, dijo:

—Señor Desgré, yo llevaré a esa joven a mi casa, y vos os encargaréis del otro.

La joven semidesvanecida fué tomada en brazos por dos mujeres y puesta en la carroza de la señorita Scuderi, que la llevó a su casa.

Magdalena era presa de conmovedora desesperación, y cuando horas más tarde pudo reponerse, contó a su protectora lo que sabía acerca del crimen y de Oliverio.

Dijo que la noche anterior fué despertada por Oliverio rogándole que se levantara en el acto, pues su padre estaba moribundo. Así lo hizo y, guiada por Oliverio llegó hasta el taller, donde encontró a su padre que agonizaba. Lo abrazó llorando y observó con espanto que la camisa del moribundo estaba manchada con sangre. Oliverio se ocupó en lavar la herida, que estaba en la parte izquierda del pecho. El agonizante pareció reaccionar por un instante respirando con fuerza, dirigió una tierna mirada a los dos, y, tomando la mano de su hija la juntó con la de Oliverio. Ambos jóvenes se inclinaron poniéndose de rodillas. Renato Cardillac ladeó la cabeza y exhaló el último suspiro. Oliverio y Magdalena no pudieron contener más su pena, y lloraron desconsoladamente. Serenados ya, Oliverio contó a Magdalena, que, yendo en compañía de Cardillac aquella noche, el orfebre fué asesinado ante sus propios ojos, y que, con desesperados esfuerzos, logró llevarlo hasta su casa, mas sin sospechar que estuviese herido de muerte. Al siguiente día penetraron los criados al taller, y al ver el cadáver



*Le llamó la atención un cincelado...*

de su amo, no vacilaron en afirmar que el criminal era Oliverio.

Oliverio Brusson rechazó con tenaz firmeza el crimen que le imputaba la Cámara Ardiente. Declaró que su maestro había sido asesinado en la calle, por un desconocido, quien le infirió una puñalada en el pecho, y que, viéndole caer, lo recogió y lo llevó hasta el taller.

La señorita Scuderi acudió a la Cámara Ardiente y se entrevistó con su presidente Larein, a quien refirió cuanto sabía acerca del extraño suceso. Larein sonrió al oír tal afirmación, y contestó que, desgraciadamente, surgía plenamente la prueba de que Oliverio era el asesino.

La señorita Scuderi, a pesar de las declaracio-

nes del magistrado, solicitó a Larein que le permitiera visitar en su prisión al acusado. Accedió el presidente y entregó una orden escrita a la dama.

Al aparecer el acusado en el umbral de la puerta, la noble dama quedó paralizada por la sorpresa, y cayó al suelo desvanecida. Cuando volvió en sí, se incorporó prestamente y se dirigió a su casa: había reconocido en Oliverio Brusson al mismo que en el Puente Nuevo le arrojara el billete en que le hacía el extraño ruego que ya conocemos, y que había llevado a su casa el cofrecillo de joyas.

La situación se tornaba sumamente confusa para la señorita Scuderi. Pues había regresado a su casa con el convencimiento de que en realidad era Oliverio Brusson el culpable

\* \* \*

Poco después de la visita de la señorita Scuderi a la Conserjería, el teniente Desgré se presentó a su casa, y pidió hablar con ella.

—Noble señorita, el presidente Larein os ruega por mi intermedio, que consintáis en ayudar a la justicia para esclarecer este enorme crimen. Desde que Oliverio Brusson os vió en la Conserjería, ha cambiado totalmente. Se niega a confesar lo que sabe, y aunque jura que es inocente de la muerte de Cardillac, ha declarado que solamente a vos dirá toda la verdad de lo sucedido.

Llegada la noche, Oliverio Brusson fué llevado ante la dama.

No pudo reprimir ésta un movimiento de te-



*Me acurruqué en un rincón...*

ror, pero se repuso y preguntó tranquilamente:

—¿Tenéis algo que decirme, Oliverio Brusson?

—Antes que nada, señorita, os ruego encarecidamente, que me escuchéis con calma, aunque os cause horror el descubrimiento de la verdad; bien que, como veréis, no soy yo el culpable. ¡Os juro! Niño aún, fui empleado por mis padres en un taller de orfebrería, donde pronto hice progresos que me colocaron sobre el arte de mi propio maestro. Cierta día entró en el taller un caballero con el objeto de comprar algunas joyas, y examinando los trabajos, le llamó la atención un cincelado hecho por mí. El caballero me aconsejó que fuese a perfeccionarme con Renato Cardillac. Este consejo me impresionó favorablemente, y al

Poco tiempo abandoné el taller donde trabajaba y fui a ver a Cardillac. Pidióme éste una muestra de mi trabajo y habiéndole agradado, me tomó como aprendiz, asegurándome que con él estaría contento. Y así fué en efecto, pero luego de un tiempo, entre su hija Magdalena y yo nació un creciente amor, que fué advertido por Cardillac. Irritado, me despidió del taller y me advirtió que no debería pensar más en su hija. Muy triste salí de la casa de mi maestro, pero durante la noche, me puse a pasear ante ella con la esperanza de ver a Magdalena. Era la medianoche. Yo me encontraba cerca de una de las estatuas de la calle y miraba hacia las ventanas de la casa que daban al patio. Advertí de pronto una luz en el taller de Cardillac, y como a esa hora mi maestro acostumbraba estar ya acostado, me llamó la atención tal hecho. Apagóse la luz y seguí a la expectativa. Me sobresaltó al sentir en una de las hornacinas un extraño ruido, y me acurruqué en un rincón. Vi entonces que una de las estatuas empezaba a girar lentamente, y apareció tras ella el rostro sombrío de Cardillac. Agilmente saltó a la calle, y yo, sin saber lo que hacía, seguí cautelosamente a mi maestro a prudente distancia. A poco de andar, se introdujo en el hueco de una puerta, y apareció un caballero tocado con un sombrero con penachos de plumas y sonoras espuelas. Cual una fiera que saltaba sobre su presa, Cardillac se precipitó sobre el caballero, quien, dando un grito de agonía, cayó al suelo. Acudí en el momento en que Cardillac registraba a su víctima.



*Prestamente me acerqué al herido*

“—¡Maldito seas! —exclamó al reconocerme, se puso de pie y emprendió veloz carrera.

“Al día siguiente muy temprano, se abrió la puerta de mi habitación y apareció Cardillac. Le pregunté qué quería de mí; pero él, sonriendo amablemente, sentóse a mi lado y me dijo que necesitaba de mis servicios en su taller.

“Naturalmente, yo protesté indignado, pero Cardillac me refirió entonces que Magdalena me amaba con locura y que no podría vivir sin mi cariño. Y Dios me perdone, señorita, el amor que sentía por Magdalena me hizo ceder a su ruego.

“Cierta vez, Cardillac sintió la imperiosa necesidad de confiarme sus secretos, y me reveló que su pasión por las joyas y las piedras preciosas era tan inmensa que le resultaba materialmente imposible separarse de ellas una vez que las tenía en su poder.

“Una noche llegó Cardillac más contento que de costumbre. Me refirió que vos habíais dicho en casa de madama Maintenón que los caballeros que temen a ladrones o a quien sea, no son dignos de ser caballeros. Tal contestación que disteis al Rey llenó de contento al maestro, y expresó que sentía por vos la mayor veneración, y que en prueba de ello, os regalaría los brazaletes y el collar, joyas consideradas por él como su más perfecta obra de arte. Me encargó que os llevara el cofrecillo con las joyas. Mas lo que no sabéis es que, pocos días después de aquel suceso, el maestro se mostraba malhumorado, y comprendí al punto que se había arrepentido de haberos hecho tal regalo. Experimenté verdadero temor por vues-



*Los amantes se unieron en estrecho abrazo*

tra vida, y por eso corrí aquella tarde en el Puente Nuevo hasta vuestra carroza para arrojaros el billete que conocéis. Por desgracia, vos no le devolvisteis las joyas al día siguiente, y, llegada la noche, mi maestro se dispuso a salir secretamente. Salté por una ventana y seguí sigilosamente sus pasos a fin de evitar vuestra muerte. A poco andar, vi que se escondió en el hueco de una puerta, tal como lo hizo en la otra ocasión. Se oyeron pasos y apareció un oficial. Cardillac se echó sobre él con el puñal en la mano, pero esta vez no fué el transeúnte quien cayó, sino el propio Cardillac.

Prestamente me acerqué al herido, y con enorme esfuerzo logré arrastrarlo hasta el taller, en-

trando por el paso secreto. Mi único crimen es el de no haber denunciado al padre de mi novia.

—Serenaos, Oliverio Brusson —exclamó la señorita Scuderi—, y tened confianza en Dios.

Llamó a su doncella y le dijo algo al oído. Instantes después entraba en el aposento Magdalena Cardillac. Los amantes se unieron en estrecho abrazo con lágrimas en los ojos.

Apenada y profundamente conmovida por la confesión de Oliverio Brusson, la señorita Scuderi reflexionaba en la manera de poder salvar al joven, cuando entró la doncella Martina anunciando al conde de Miossens, coronel de la guardia del Rey.

En presencia de la señorita Scuderi, y después de saludar respetuosamente, dijo el conde:

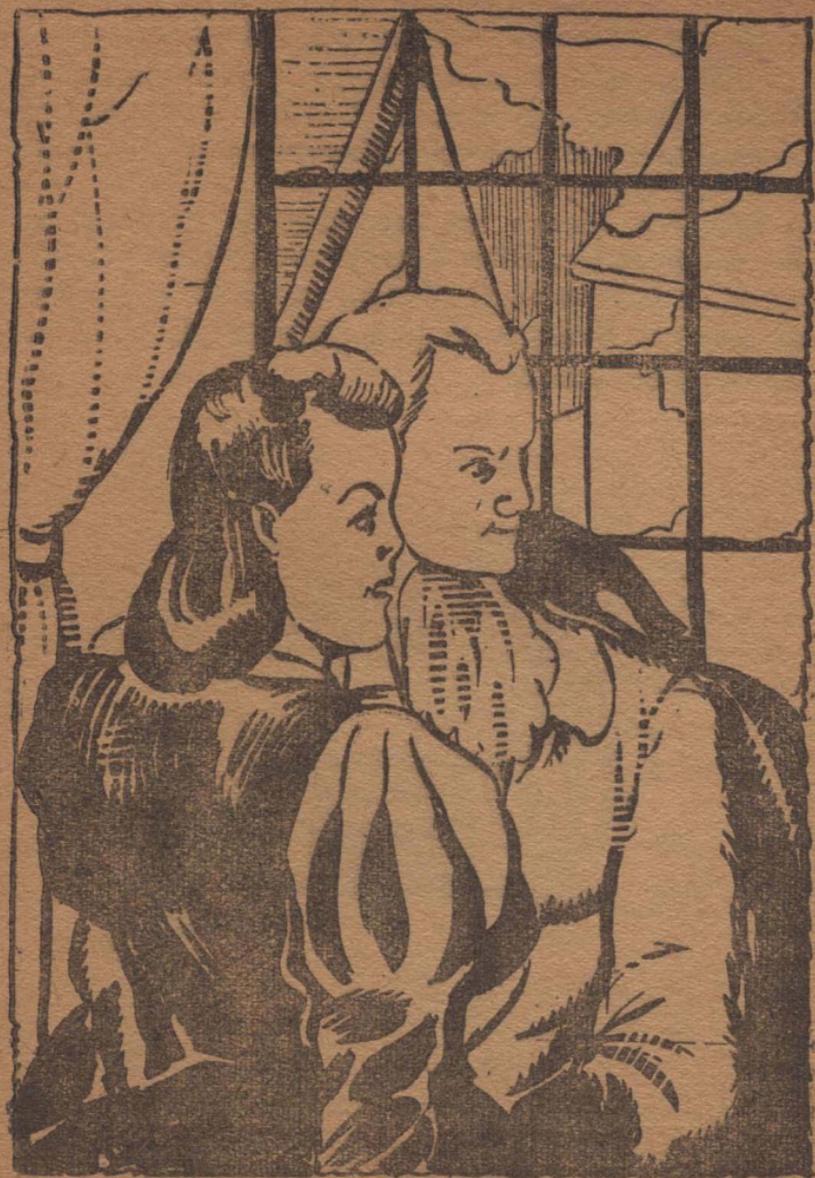
—Vengo a deciros que vuestro protegido Oliverio es inocente de la muerte de Cardillac. Yo fui quien le dió muerte.

—¿Será posible, Dios mío?

—Como lo oís, señorita. Sabed que Renato Cardillac era un hipócrita y criminal. Yo lo descubrí. Cuando me entregó una joya aquella noche, supe que averiguó por medio de mi criado el camino que yo seguiría. Tomé mis precauciones, y caminaba alerta, cuando fui atacado por el orfebre. Esquivé su golpe, y logré asestarle una puñalada.

La señorita Scuderi agradeció al conde su confesión, e indescriptible alegría se apoderó de ella.

Inmediatamente fué a ver al Rey, a quien refirió la triste historia de Oliverio Brusson, e imploró su perdón.



*Los enamorados contrajeron matrimonio*

El Rey la recibió afablemente y le dijo:

—No os aflijáis más, señorita, por vuestro protegido. Desde hoy goza de libertad. Y mando que se entreguen mil luises a Magdalena para que se case con Oliverio.

Infinitas fueron las muestras de gratitud de los enamorados. Días después contrajeron matrimonio, y fijaron su residencia en Ginebra, en donde Oliverio Brusson, llegó a disfrutar de justa fama de gran artista.



Se terminó de imprimir en Buenos Aires, en los Talleres Gráficos de la Editorial TOR, el día 24 de julio de 1947, 3248

Printed in Argentina

Impreso en la Argentina

SC  
A  
LA  
58



EDITORIAL  
**TOR**

COMIC INFANTIL  
**LA ABEJA**

58

